

Había una vez un río, un río normal y corriente: con su fauna y su flora, sus rápidos y sus remansos, un río cualquiera; aquel río era un criadero de vida. Un día llegaron unos hombres y comenzaron a construir. Edificaron un molino. Aquello no suponía ningún problema, ya que el agua del río sólo movía una rueda y no se ensuciaba. Mucho tiempo después los hombres comenzaron a construir casas donde la gente vivía y utilizaba el río para bañarse, pescar o tirar sus residuos. El agua empezaba a ensuciarse, pero muy levemente. Con el paso del tiempo, las casas y la población fueron creciendo y desarrollándose. La gente dejó de bañarse en el río; se adoptaron nuevas costumbres; los vertidos a las aguas del río se multiplicaron y la virulencia de los vertidos también aumentó considerablemente. El agua del río ya estaba contaminada.

Pero un lluvioso día de Abril, la naturaleza pasó factura; hacía una semana que no paraba de llover y el río se desbordó, arrasando todo el pueblo. Molinos, casas, herrerías, calles y plazas quedaron destrozadas. Después de aquella catástrofe, los vecinos adoptaron una novedosa medida; decidieron encauzar el río canalizándolo; con piedras y troncos construyeron grandes muros en las llanuras de inundación del río para evitar posibles imprevistos. Esta decisión aunque fue beneficiosa para los hombres, para la fauna y la flora fue nefasta.

Por primera vez muchas especies empezaron a desaparecer. Mientras tanto las herrerías y los molinos comenzaron a ser desmantelados y el pueblo de un puñado de habitantes se convirtió en una pequeña ciudad. Las casas eran bloques de pisos y las primeras industrias se instalaron junto a los ríos. Empezaron a aparecer coches, y la gente consumía productos totalmente prescindibles.

El río se llenó de basura y vertidos industriales, y así permaneció casi un siglo. Pasó de ser un bonito río a ser una cloaca apreciada sólo por su capacidad de evacuar basura.

Entonces un grupo de personas impulsaron un movimiento que luchaba contra la contaminación descontrolada; este colectivo aumentó rápidamente y el Ayuntamiento decidió frenar las consecuencias de la urbanización en el río por su propio interés electoral. Nuevas leyes aparecieron obligando a las industrias a controlar exhaustivamente sus vertidos y grupos de operarios comenzaron la limpieza del río, en un intento desesperado de salvarlo, y la verdad es que en cierto modo lo consiguieron.

El río, con el paso del tiempo y el esfuerzo de mucha gentes comprometida con la causa, quedó limpio, pero muerto. Quedó como un botella de agua mineral, no había fauna a su alrededor sino coches. No había tampoco árboles, habían sido sustituidos por farolas. El río acabó siendo un mero retrato de lo que alguna vez llegó a ser, aunque afortunadamente se salvó de convertirse en gelatina de plástico.

RODRÍGUEZ PEÑA, José Juan.

1^{er} premio Concurso “**IBAIALDE’2003**”.

Modalidad: **Cuentos** mayores de 16 años.